

## EL PALIQUE DE LOS BARCOS

Un día del mes de marzo de 1900 fue el General Vicente S. Mestre a la Legación de Colombia en Caracas a pedirle al Ministro, doctor Luis Carlos Rico, que lo ayudara en el sentido de que un tribunal no demorara más tiempo la sentencia en un asunto que ventilaba ante él. Se trataba de una demanda contra la sucesión del General Joaquín Crespo, quien tres años antes había muerto, peleando como un simple sargento en la "Mata Carmelera", contra una guerrilla del General Hernández, llamado por todos "el mocho".

¿Cuál era el origen de la reclamación?

Después de que el General Crespo, tras la fuga del Presidente doctor Andueza Palacio, entró vencedor a Caracas, empezó a recompensar a los jefes de la revolución, y como el General Mestre se había distinguido en las batallas, en su condición de ayudante de campo del General en Jefe, éste le preguntó en qué podía complacerlo, y le respondió:

—“Tengo escrito un Código militar para Venezuela. Cómpremelo”.

Al día siguiente el General Mestre le llevó el Código, que el General Crespo guardó en una gaveta de su escritorio, con el fin de entregarlo al ministro general Ramón Guerra, para que lo hiciera estudiar por militares técnicos. Y el general Crespo entró incontinentemente a una pieza contigua, a dar alguna orden a unos de los empleados de la secretaría, dirigida entonces por el colombiano señor Alirio Díaz Guerra.

Ocho días después volvió el general Mestre. El general Crespo abrió la gaveta y no encontró el código.

Posteriormente el general Mestre le escribió diciéndole que el libro valía 100.000 bolívares, o sean veinte mil dólares, precio que al general Crespo le pareció excesivo.

Y como no llegaron a ningún acuerdo, el general Mestre, después de la muerte del expresidente, inició juicio contra la sucesión, a la cual reclamaba no sólo el precio del libro sino fuerte cantidad de dinero (un millón de bolívares) por daños y perjuicios, en compensación de varios meses de permanencia forzada en la Rotunda, sindicado de conspirador.

Al fin obtuvo, durante el gobierno del general Castro, que se le dieran por el libro y perjuicios unos diez mil o doce mil pesos, con los cuales viajó por Europa y editó algunas obras. En Bogotá se suicidó, hace unos cuatro años, en el capitolio nacional.

\* \* \*

Después de que le prometí al general Mestre que me interesaría con el doctor Rico en su favor, me habló de la revolución en Colombia, de la ayuda con que contaba de varios gobiernos —lo que yo sabía—, del gran desastre de “Peralonso” —lo que yo sabía también—, y para remachar el clavo, me dijo:

—“A Las Palmas acaba de llegar un barco de guerra para la revolución de Colombia”.....

—No lo sabía, primera noticia que tengo. (Y era la verdad).

—“Sí, un barco de guerra, con bandera de Nicaragua. A la revolución no la atajará nadie. El gobierno no tiene ningún ejército, porque el único con que contaba quedó despedazado en “Peralonso”. El barco es de acero, muy pequeño, puede sumergirse y así pasará, sin ser visto, por las Bocas de Ceniza. Tiene un cañón automático, de dinamita, de grande alcance. Una vez que esté en el río Magdalena, fá-

cilmente echará a pique todos los barcos del gobierno. Las tropas revolucionarias, en el Sinú, y las que en la Guajira y Ríoacha organizará el general Siervo Sarmiento, marcharán sobre Barranquilla, que caerá indefectiblemente en nuestro poder”.....

—“Total, le respondí, caída y mesa limpia”.

—“Así como lo dice. Caída y mesa limpia. Dos meses a lo más para que la revolución ocupe a Bogotá”.

—“Pues entonces, el ministro y secretario liberales que vengan a reemplazarnos le harán pagar en el acto lo que reclama”.

—“Pero suponga usted que haya un tropiezo.... unos dos meses más. Siempre será mejor que ese asunto me lo arregle pronto el doctor Rico”.

Se despidió, e inmediatamente avisé al ministro, quien estaba en Los Teques, lo que acababa de saber.

Al día siguiente, muy temprano, vino el doctor Rico y tuvo una conferencia con el ministro inglés, Mr. W. D. Haggard (hermano del gran novelista autor de “She”).

Efectivamente el barco “Rayo”, había llegado a Las Palmas el 19 de marzo, en donde lo apresó un barco de guerra inglés, por haber salido con bandera de Nicaragua y haberla cambiado en el mar por bandera de Venezuela. Pero quince días después se le dejó seguir viaje, porque el representante del general Castro en Londres hizo saber que era barco para la armada venezolana, por compra, según aseveró oficialmente, hecha al gobierno de Zelaya.

De Las Palmas siguió a Puerto Cabello, en donde se demoró más de un mes mientras se conseguía tripulación. De ahí zarpó para San Carlos, no sin que inmediatamente la Legación hubiera enviado cablegrama a Bogotá dando aviso de la llegada de ese barco. El gobierno ordenó al general Diego de Castro que con cañones y tropa se situara en “Las Flores”, cerca de las Bocas de Ceniza.

Un mes después, de “Peralonso” el general Vargas Santos ordenó al general Justo L. Durán

—uno de los mejores jefes de la revolución— que se dirigiera a Maracaibo a ponerse a órdenes del doctor Foción Soto, quien esperaba el cuantioso parque que la Legación de Colombia en Caracas había hecho detener en Trinidad, por mediación del Ministro Haggard, pero que siguió a su destino en virtud de declaración del general Castro, quien afirmó oficialmente que era del gobierno venezolano.

¡Las farsas siempre!

Una vez que llegó el parque a Maracaibo —y para su pronto despacho a Cúcuta fue escogido como presidente del Zulia el general Benjamín Ruiz— el doctor Soto nombró al general Durán jefe civil y militar del departamento del Magdalena mientras llegaba a ocupar ese puesto el general Siervo Sarmiento.

Con una parte de ese parque el general Durán siguió a Ríohacha, en donde empezó a organizar el ejército que debería marchar sobre Santa Marta y Barranquilla, una vez que llegaran “El Rayo” y el “Augusto”, vapor este último que el general Ruiz había tomado en arrendamiento al general Augusto Lutowsky, venezolano de origen polaco.

El general Sarmiento llegó a Ríohacha el 8 de mayo, y nombró jefe de “El Rayo”, bautizado con el nombre de “Peralonso”, al coronel Julio Torres, y jefe del “Augusto” —que cambió su nombre por el de “Gaitán”— al mexicano Francisco Ruiz Sandoval, cuya cabeza había sido puesta a precio en su patria, de donde había logrado fugarse hacía años.

Los vapores estuvieron haciendo viajes a San Carlos para llevar parque a Ríohacha. De esta última ciudad fueron también al puerto de Zapote, en Bolívar, con elementos de guerra.

El 18 de mayo murió el general Sarmiento, y quedó el general Durán en Ríohacha, al frente del ejército y de “El Peralonso”, “El Gaitán” y “María Hanaberg”, barco capturado en esos días a las fuerzas del gobierno en las bocas del Sinú.

El 29 de junio le dirigió el general Durán al general Cipriano Castro una carta en que le decía:

“El formidable combate que tuvo lugar en San-

tander, me hace suponer que a nuestro ejército le hacen falta municiones después de quince días de pelea, y como no queda otro camino para auxiliarlo que tomar el río Magdalena, tarea que me corresponde con el fin de asegurar el éxito, me dirijo a usted, por medio de mi comisionado el señor Demetrio Dávila, quien le explicará a usted todo. En tal virtud, me hago responsable como particular y como jefe del partido, de todo compromiso que contraiga el señor Dávila. Creo que aparte de la buena voluntad de usted en su carácter de liberal, hoy por hoy es solidaria la causa que defendemos y bien comprende usted la índole de nuestros enemigos y bien sabe que no nos queda otro recurso que acabar con ellos”.

El general Durán envió “El Peralonso” y “El Gaitán” con abundante parque, para los generales Adán Franco y Aníbal Ruiz, quienes se encontraban en el Departamento de Bolívar. Quiso ir para hacer personalmente la entrega de esos elementos, pero el doctor Julio Vengoechea, jefe de Estado Mayor y de la escuadra, le dijo por escrito, según documentos publicados después:

“Tal como ha arreglado usted todo, creo que no hay necesidad de que usted vaya por ahora”...

Los barcos zarparon para el Departamento de Bolívar a las órdenes de Ruiz Sandoval y de Torres.

\* \* \*

Varios oficiales colombianos y andinos, de los que acompañaron al general Castro en su campaña desde la frontera venezolana, me veían con malos ojos, porque decían que por mis relaciones íntimas con caraqueños, adversarios del gobierno o desagradados con la intervención de él en nuestros asuntos, estaba yo en aptitud de imponerme en planes favorables a la revolución en Colombia y por ese motivo se me hostilizaba cuando salía a la calle o asistía a reuniones. Se quería, y así me lo hicieron saber algunos amigos, que cuanto antes regresara a Colombia. Y no les faltaba razón en su deseo, porque yo estaba al corriente, por informes constantes, de cosas que nos interesaban, como salida de expediciones o de armamentos.

A restaurantes, clubs, casinos o reuniones públicas no iba nunca, para evitarme desagrados.

En la noche del 11 de julio fuí a una tertulia, a donde yo sabía que no concurrirían colombianos o andinos castristas. Salí con varios amigos a la una de la mañana, y al dirigirme a la Legación, me invitaron al "bar" "La India". Les manifesté que estaría cerrado, pero como me recordaran que el dueño o socio del "bar", Celso Serna, era amigo nuestro y que nos abriría con muy buena voluntad, nos encaminamos a él. Nos abrió, en efecto, en el momento en que llegaban además dos oficiales andinos, quienes entraron también, y ocuparon asientos en una mesa distante de la nuestra. Yo me coloqué de espaldas a ellos.

Mis compañeros me dijeron, en voz baja, que por señas daban a entender que algo grave ocurría relacionado conmigo. Después de un cuarto de hora de permanecer ahí, nos levantamos, pero no sin decirle a uno de mis amigos —si no recuerdo mal era José Santos Urbaneja— que se acercara a esos individuos y les preguntara de qué se trataba. Y agregué que lo esperaría en la puerta de la Legación. Momentos después vino y me dijo que al día siguiente llegarían a La Guaira dos barcos revolucionarios de Colombia".....

—¿El "Peralonso" y el "Gaitán"?....

—Sí, efectivamente, así se llaman; que el general Ruiz Sandoval le había dirigido de Carenero un telegrama al general Emilio Fernández preguntándole si podía ir a La Guaira con los barcos por tener cosas importantes que comunicarle al general Castro; que aunque el presidente estaba en un paseo en Aragua, con amigos y con bailarinas de una compañía de zarzuela, Fernández le había contestado inmediatamente a Ruiz Sandoval que podía venir; que sin duda el general Fernández había dado esa autorización después de haberla consultado por telégrafo con el general Castro, y que era seguro que al día siguiente se reconocería la beligerancia a los revolucionarios colombianos, lo que implicaría nuestro retiro inmediato de Caracas.

Entré a la Legación e inmediatamente llamé

por teléfono al doctor Rico, quien se hallaba en Los Teques desde hacía algún tiempo por no sentirse bien en Caracas.

Le informé de lo que acababa de saber por pura casualidad, y me pidió que me pusiera en comunicación telefónica con el señor Carlos González Navarrete, Cónsul de Colombia en La Guaira, y que le advirtiera que al punto que llegaran los barcos me lo avisara. Me ordenó asimismo que tan pronto como abrieran el Ministerio de Relaciones Exteriores hablara yo con el subsecretario, señor Manuel Fombona Palacio, y con el ministro, doctor Andueza Palacio; que hiciera constar por escrito el denuncia que daba la Legación; que muy temprano saldría para Caracas y que redactara una nota pidiendo la captura de los barcos, nota que debería yo llevar a la estación, en donde la firmaría; que de ahí me encaminaría con ella al ministerio y que le dijera al doctor Andueza Palacio que a las once iría a hablar con él.

A las seis de la mañana sonó el teléfono. El Cónsul en La Guaira me confirmó lo que el doctor Rico y yo nos resistíamos a creer. El "Peralonso" y el "Gaitán" entraban al puerto con bandera colombiana. El Ministro de los Estados Unidos, señor Francis Loomis, quien como subsecretario de Estado en Wáshington, en 1903, tomó parte activa en la separación de Panamá, me llamó momentos después por teléfono para que le diera el mismo informe al doctor Rico, pues acababa de comunicarle la llegada de los barcos el Cónsul de los Estados Unidos en La Guaira.

Antes de las ocho fuí al Ministerio. Tan pronto como llegó el señor Fombona Palacio cumplí las instrucciones del doctor Rico. No creyó lo que le decía, pero ante mi insistencia llamó por teléfono a La Guaira, y convencido de la verdad de mi denuncia salió inmediatamente para la casa del doctor Andueza Palacio, quien no iba ordinariamente al ministerio.

Una vez que regresó el señor Fombona Palacio, me dijo que el doctor Andueza había mostrado indignación por lo que ocurría y que tan pronto como llegara el doctor Rico lo recibiría en su casa.

Firmada la nota en la estación, fuí con ella al Ministerio y el doctor Rico se dirigió a hablar con el doctor Andueza.

El general Castro había sido subalterno en el Táchira del doctor Andueza Palacio, cuando éste había sido Presidente de Venezuela y lo respetaba mucho. Era el único Ministro cuyas opiniones tenían fuerza ante el carácter irascible y autoritario de Castro.

El doctor Andueza le dijo al doctor Rico que a las cuatro llegaría de Aragua el Presidente, que en el acto iría a la Casa Amarilla a hablar con él y que tuviera la certeza de que se opondría abiertamente a que los barcos regresaran. "De un escándalo semejante", dijo el doctor Andueza, "no me haré responsable".

¿Qué ocurría entre tanto en La Guira?

Que toda la tripulación de los barcos había saltado a tierra y que el Comodoro Ruiz Sandoval venía para Caracas.

De la estación salió para "La India", en donde lo esperaban colombianos y andinos para brindar en alegre jolgorio por el buen éxito de la revolución y por su venida, que según voz pública sería aplaudida por el general Castro, quien se mostraba un poco alicaído por la derrota de "Palonegro". "Ese Uribe Uribe", solía decir, "esos generalitos de Colombia han malbaratado un ejército; con andinos me habría paseado por Colombia entera. No saben nada de milicia. Les mandaré una de mis charreteras. Tal vez así puedan hacer algo. Dejarse derrotar después de tantos rifles y cápsulas que les mandé o que dejé pasar por Maracaibo"!

Esas eran las constantes lamentaciones del general Castro en la "Casa Amarilla", después de "Palonegro".

El comodoro Ruiz Sandoval siguió en "La India" empinando el codo, y no era manco para alzarlo, copa en mano. Y de "La India" se fue a un restaurante en donde reforzó las viandas con champaña para que resbalaran mejor.

A las cuatro llegó el general Castro y se encerró con el doctor Andueza.

\* \* \*

Como a las cinco y media llegó un colombiano liberal a la Legación, y me dijo:

—Le traigo una buena noticia, buena para el Ministro y para usted, mala para nosotros. “Esto se lo llevó el diablo”.

—“¿Cómo así? ¿Qué ocurre?”.

—“Pues que el general Ruiz Sandoval fue hace poco a la “Casa Amarilla”, bastante achispado. El general Castro, su íntimo amigo, no pudo recibirlo inmediatamente como lo pretendía; se amoscó el mejicano, y cuando lo hizo entrar, trató con aspereza al Presidente. Entiendo que le soltó un vizcaíno”.

—¿“Y qué más”?

—“Pues que el general Castro se le fue encima ante tamaña grosería y cogiéndolo por el cuello se lo entregó a unos oficiales, diciéndoles:

—“Lleven a este insolente a La Rotunda, pero en el instante, y pónganle grillos”....

—“¿Y qué más?”.

—“Pero qué más! Que yo ví que lo sacaron de la “Casa Amarilla” y ya debe tener unas ochenta libras de hierro sobre los tobillos. Estamos de malas. Esto se lo llevó el diablo. Todo por culpa de los tragos. Y un andino que venía con el general Castro acababa de decirme que cuando supo en una estación la llegada de los barcos, había manifestado que daría orden para que salieran de La Guaira inmediatamente. Los tragos, todo por culpa de los tragos. Y a propósito: ¿“Ya se le acabó aquel Martel de abecedario que pide usted a Curazao? Porque esto es “mano” de trago”.

Y en esas estábamos, cuando entró el doctor Rico, quien venía del Ministerio con la noticia, que acababa de darle el doctor Andueza, de que los barcos no saldrían, y que desarmados quedarían en La Guaira.

El doctor Rico dirigió varias notas, durante meses, pidiendo la entrega, pero lo que obtuvo, y era lo esencial, fue la promesa solemne de que no regresarían a Colombia.

Aquello fue un golpe tremendo para la revolución.

\* \* \*

¿Por qué se fue Ruiz Sandoval con los barcos para Venezuela?

Después de que entregó un armamento al general Franco en Zapote, y de haber conferenciado durante varias horas con él y con el coronel Carlos Díaz Irwinz, ordenó la prisión del coronel Efraím J. Juliao, del comandante Barreto y de otros oficiales. Pasadas unas horas los dejaron en tierra, y ordenó Ruiz Sandoval que zarparan para Carenero y La Guaira, con el propósito de sustraerse a la obediencia del general Durán y obtener del general Castro otros barcos y elementos de guerra y autorización para proclamarse jefe de la costa de Colombia.

Eso, al menos, me dijo algún tiempo después en Caracas, el señor Demetrio Dávila porque el señor Ruiz Sandoval sostenía que era "el único que podía salvar la revolución en Colombia".

Lo que era una inepticia, porque a un extranjero no le habrían obedecido los jefes revolucionarios y porque el general Durán gozaba de mucho prestigio como jefe audaz, activo y valiente.

El señor Demetrio Dávila hizo gestiones repetidas para obtener del general Castro la devolución de los barcos. El mismo general Durán y el coronel Juliao fueron a Caracas con idéntico fin. Nada consiguieron.

Sin el "Peralonso" y el "Gaitán" la revolución en la costa quedó reducida a la impotencia. La toma de Barranquilla y la destrucción de los buques del gobierno en el Magdalena fueron sueños desvanecidos; Ríoacha y Bolívar quedaron incomunicados y de Maracaibo y de San Carlos fue imposible seguir llevando elementos de guerra para la Costa.

El general Durán había conseguido en el exterior un millón de cápsulas, de las que habían llegado quinientas mil a Maracaibo, en donde quedaron detenidas por falta de transportes. Y poco después el barco "María Haneberg" se fue a pique, cerca de Maracaibo.

El "Augusto" o sea el "Gaitán" fue devuelto algún tiempo después a su dueño para que continuara transportando mercancías de Curazao a Maracaibo, pero con la promesa de no servir más a la revolución. El "Peralonso", o sea "El Rayo", en el que se fundaron tantas esperanzas, aún está en La Guaira, en condición de hierro viejo.

El general Ruiz Sandoval salió meses después de La Rotunda, y fue expulsado de Venezuela. Vagó por el extranjero ofreciendo en venta la reclamación que hacía al gobierno de Venezuela por la expropiación de "sus" barcos. Y en gran desamparo murió en un puerto de las Antillas.

**Ismael Enrique Arciniegas**